

Hablemos a calzón quitado

de **Guillermo Gentile**
Grupo ICTUS — Teatro La Comedia
 Director: **Jaime Vadell**

"Mi vida en el sentido ideológico es tratar de defenderme del lastre. En la medida en que me pueda desprender mi obra estará desprendida. No me siento capaz de otra cosa. Veo un signo trágico en la vida de cada uno. Veo la revolución, el cambio, lo veo únicamente como una depuración constante de uno mismo".

Estas palabras de Guillermo Gentile (dramaturgo argentino, 25 años) definen el carácter de su primera obra larga **Hablemos a calzón quitado** (gran éxito en Buenos Aires, lleva más de un año en cartelera). Un afán de depuración.

Muchos de los grandes dramaturgos actuales se nutren de obsesiones. El escenario es el lugar donde se produce su estallido. De ahí la violencia interna que recorre la mayoría de las obras de la nueva generación, sean de los jóvenes iracundos ingleses, de los dramaturgos políticos centroeuropeos o de los nuevos valores latinoamericanos. El teatro es un desgarrar. Se grita porque ya no se puede aguantar el peso de la propia conciencia y hay que salpicar con su carga al público.

Tal es el caso de Gentile en la presente obra. El autor experimenta sobre sus hombros el peso milenar de la sociedad. Se siente aplastado por ella. Y en una patética búsqueda va a tratar de liberarse, de desprenderse del lastre que le ahoga. Es una nueva lucha prometeica, el signo trágico del hombre moderno.

El conflicto dramático se circunscribe en **Hablemos a calzón quitado** a so-

lamente tres personas (hijo, amigo y padre), en un ambiente familiar, proyección de todo un sistema social. Gentile clava hondo el bisturí, mediante una sugerente simbología de estos personajes, que se va perfilando, sin perder su interés de historia concreta, conforme avanza la obra.

El padre representa a la sociedad alienante, al Saturno que devora a sus propios hijos (su libertad, su ansia de creación) hasta convertirlos en seres inútiles, sin espíritu. Invertido y criminal, se erigirá, no obstante, como el espejo donde mirarse el hijo para llegar a ser hombre.

Juan, el hijo, un ser virgen y desicologizado, es el "nene", el perpetuo infante que no ha cortado, por interés del padre, el cordón umbilical. Un juguete, una planta agostada en su misma raíz. Todo el pueblo oprimido y burlado late dolorosamente bajo ese individuo sin rostro, pantalla en blanco sobre la que se proyectan las lacras sociales.

Martín, el amigo revolucionario, introduce la conciencia, la afirmación personal frente a la alienación, el enfrentamiento con el propio destino frente al dulce dejarse hacer por el padre. Su visita rompe el equívoco idilio padre-hijo. Esa falsa vida, coloreada con falso carmín de telenovela, se desmorona ante la conciencia que por medio del diálogo y la lectura, se yergue desde su alertamiento. Como el visitante de **Teorema** de Pasolini, Martín desenmascara una situación que parecía cerrada e irreformable. Queda en claro que la ternura del padre era una tiranía, sus abrazos un estrangulamiento. Pero eso tiene que terminar. En adelante la palabra papá (= sociedad devoradora)

ya no será la que domine, como un vampiro, el diccionario de Juan. Serán las palabras libertad, revolución, amor, vida, los nuevos conceptos que Martín ha venido a traer.

"La vida, explica Martín, no es una novela ni un tratado de sicología. La vida es piel, reír, llorar, buscarse y no encontrarse... jugar!, jugar, desgarrarse hasta lo último y perder, porque siempre se pierde en este juego de vivir. La libertad no existe, sólo existe el jugar a liberarse, pero hay que aceptar el juego... Tu revolución está ya en marcha... Te está esperando, Juan... Rebelate contra el mando, sublévate contra una herencia de mutilación y aborto...".

La revolución no es un puro cambio de estructuras sociales. Nace desde la entraña de la persona. "Cada uno, dirá Martín, cada uno, Juan, debe liberarse, haciendo su propia revolución". En este punto Gentile no cae en los ideologismos mágicos, ni en el slogan político. Las dudas, las interrogantes subsisten después del último apagón. Pero la búsqueda ha llegado hasta las raíces, las interrogantes nacen de la médula misma del problema, no de sus apariencias.

El drama de Gentile es sobrio y esquemático. Su proceso sigue una correcta curva de intensificación. Quizá al principio se disperse un tanto por la misma soltura del diálogo. Pero la obra toma en seguida su propio pulso y se va afilando en una serie de enfrentamientos claves. La anécdota va cediendo a la categoría, la historia concreta al símbolo. La última parte es de una magnífica tensión. Todos comprendemos que en escena se está ventilando algo nuestro. El protagonista tiene que

afrentar su destino, su vocación revolucionaria. El padre ha sido desenmascarado y expulsado después de dura lucha. El amigo, por su parte, se debe ir, pues era sólo un mensajero. Es el momento de la decisión suprema en que desde la soledad y la orfandad hay que comenzar a construir adánicamente el mundo. Representa el momento en que el pueblo y el hombre particular se queda sólo sin guías, sin tutelas. La inseguridad invade. Dar marcha atrás es una tentación. El padre grita lastimosamente desde fuera: "Nene, estoy aquí, fuera. Si me necesitas llámame". En la decisión o indecisión del protagonista están reflejadas estas mismas actitudes nuestras. La de todo el pueblo a caballo entre la dureza de la liberación y la

falsa dulzura de la esclavitud. No quedan subterfugios, hay que elegir.

La realización

El equipo del ICTUS ha llevado al máximo la dramática simplicidad de la obra. El decorado, de tipo realista, se ha suprimido. La obra pierde así en anécdota y temporalidad, pero gana en dramatismo interno: los personajes no se proyectan sobre una situación demasiado circunstancial, sino sobre el marco general de una sociedad bosquejada en sus perfiles más esenciales. De este modo la referencia al nivel simbólico de la obra resulta totalmente necesaria.

Correcta la dirección de Jaime Vadell

que ha sabido encontrar el sentido de la obra, a través de una buena recreación de los tres personajes en su dimensión simbólica.

La actuación de los tres actores es buena. Cabe destacar a Patricio Contreras, el joven protagonista que, en su primera actuación estelar, realiza un trabajo matizado y flexible.

ICTUS con esta obra celebra sus quince años de trabajo en el teatro chileno. Su aportación a éste ha sido muy valiosa. No hay más que leer la lista completa que en estos años han dado. Esperamos que el grupo, que ha tomado nuevos horizontes con el programa de TV **La manivela**, siga dando obras fundamentales, sobre todo nacionales y latinoamericanas al teatro chileno.